§. 5.°

Estilo y versificacion.

El estilo de la epopeya debe ser noble y grandioso, conforme á la importancia del asunto y á las altas cualidades de los personajes que en él intervienen. Las empresas heróicas aparecerian rebajadas cantándolas en tono humilde; y las ideas más sublimes, los sentimientos más elevados, perderian su fuerza y hermosura vestidos con un traje vulgar.

La versificacion debe ser fluida, armoniosa, robusta y exenta de toda incorreccion. El metro más adecuado en castellano es la octava real, empleada con preferencia por nuestros poetas. Otros recomiendan el endecasílabo suelto ó asonantado y la silva, y no falta quien opina que pudiera emplearse con ventaja la variedad de metros, como un eficaz recurso para plegarse á los diferentes cuadros ó situaciones. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que Virgilio usó constantemente del exámetro, y que dentro de ese círculo trazado por el arte, supo dar al estilo la conveniente variedad para huir de la monotonia.

Réstanos indicar ligeramente los principales poemas que pueden mirarse como modelos en este género. La Iliada y Odisea de Homero son los que figuran en primer término, y pueden considerarse como la fuente donde bebieron todos los demás poetas. La Eneida de Virgilio es una imitacion acabada de las obras del poeta griego, y si no hay en ella tanta sublimidad y sencillez, hay acaso más arte, más correccion y más gusto. Las naciones modernas, siguiendo las huellas de estos dos grandes génios, han producido poemas, aunque no tan perfectos, dignos, sin embargo, de pasar á la posteridad. Entre ellos merecen citarse *Los Luisiadas*, de Camoens, *El Paraiso Perdido*, de Milton, *La Jerusalen libertada*, del Tasso, etc. En castellano no tenemos hasta ahora un poema épico que pueda compararse á ninguno de los mencionados. Los más notables son: *La Araucana*, de Ercilla, *El Bernardo*, de Valbuena, *La Jerusalen*, de Lope de Vega, y *La Cristiada*, del P. Ojeda.

Hay otra clase de poemas burlescos y satíricos, que toman la forma de la epopeya, pero que se alejan mucho de ella por su objeto, y difieren esencialmente en el lenguaje, en el tono y el estilo. Tales son: la *Gatomaquia*, de Lope de Vega, *El rapto de Proserpina*, de D. Pedro Silvestre, etc.

CAPITULO XVI.

Poesia pastoril ó poema bucólico.

Égloga.—Idilio.

Poesia bucólica ó *égloga* es un poema en el cual se pintan las delicias de la vida campestre y las acciones y ejercicios de las personas rústicas, para hacer amable la soledad y el retiro de los campos.

Unas veces es el poeta quien narra directamente los hechos, y entonces la égloga se llama *épica*; otras pone en accion á los personajes, ocultándose él tras ellos, y en este caso se llama *dramática*; otras, en fin, habla el poeta y hace hablar á los personajes que introduce, y entonces recibe el nombre de *mixta*. En la primera puede dar á su estilo alguna mayor elegancia que en las otras por ser él quien lleva la palabra, pero sin perder de vista los objetos y escenas pastoriles.

La égloga se propone recrear á la imaginacion con el cuadro encantador de los placeres inocentes, excitando los sentimientos tiernos y las afecciones blandas y pacíficas. Las contiendas poéticas de los pastores, sus juegos y habilidades, sus amores sosegados y honestos, la serenidad de los cielos, la frescura de los valles, el retorno de la primavera, la abundancia, el sosiego, la alegria, la paz del corazon lejos del bullicio de las sociedades; hé aquí las materias que suelen servir de asunto á la poesia pastoril.

La égloga será buena, sin duda, cuando al leerla ú oirla leer, se sienta uno como impelido á envidiar la suerte de los felices habitadores de los campos; cuando al ver su sencillez, ingenuidad, su candor y su contento, no podamos ménos de aficionarnos á sus virtudes y hacer comparaciones tácitas entre su desinterés y nuestra codicia, entre su modestia y nuestra altivez, entre la calma apacible de su espíritu y la agitacion y desbordamiento de nuestras pasiones. Verdad es que no se encuentran ya en los montes y en las selvas tantos pulidos pastores, tantas zagalas inocentes, tantos discretos y bondadosos ancianos como han fingido los poetas; mas no por eso gozan ménos las almas sensibles con esas fantásticas creaciones; y el encanto de la virtud es

tan grande, que rinde y cautiva con su belleza, aun teniendo por fabulosos ó ideales á los seres que la practican.

Siendo pastores y campesinos los personajes del poema bucólico, es preciso que el lenguaje, el estilo, el tono y las maneras sean acomodadas siempre á su carácter y circunstancias. Deben hablar sencilla y naturalmente, pero sin nimia rusticidad ó groseria. Nada puede haber más ridículo que poner en su boca discursos profundos, rasgos de erudicion, sentencias refinadas, argumentos y sutilezas.

La escena debe fijarse en el campo, de donde, y no de otra parte, han de tomarse las comparaciones y símiles, como únicos objetos con que se supone más familiarizados á los rústicos. La pintura que de él se haga ha de ser tan viva que pudiera fácilmente trasladarse al lienzo; y el argumento ó asunto ha de ofrecer situaciones interesantes y algunas escenas tiernas, sin traspasar los límites de la sencillez de los campos.

Poca es la diferencia que hay entre el *Idilio* y la *Egloga*: en ambas composiciones versa el argumento sobre las delicias de la vida campestre, si bien el Idilio cantó en tiempos antiguos asuntos de índole distinta. Hoy han venido á confundirse las dos clases. La única diferencia que se advierte entre uno y otra es que el Idilio es ménos dramático que la Égloga: en aquel habla más el poeta; en esta los pastores: el primero contiene más imágenes, narraciones y sentimientos; en la segunda se nota más accion.

Las églogas suelen escribirse en verso endecasílabo mezclado con el de seis, siete ú ocho sílabas, formando silva. Tambien hay escritas várias en tercetos.

Los modelos más acabados en este género, son: *Teócrito* entre los griegos, y *Virgilio* entre los latinos. El que más se ha distinguido entre nosotros es *Garcilaso*, imitador de ambos, al cual siguieron con no pequeña gloria *Valbuena*, *Martin de la Torre* y *Figueroa*. La Égloga de este último, titulada *Tirsis*, es de gran mérito, aunque acaso no iguala ninguna á la de *Melendez*, titulada *Batilo*, premiada á fines del último siglo (1780) por la Real Academia española.

CAPÍTULO XVII.

De la fábula.

Fábula ó *apólogo* es un cuentecito en verso, el cual encierra una máxima moral que brota del fondo mismo de la alegoria.

Las fábulas pueden ser de tres clases, atendida la naturaleza de los personajes que intervienen en la accion: *racionales*, *irracionales* y *mixtas*. Llámanse *racionales* ó *parábolas* aquellas cuyos interlocutores son hombres, como la de *La Lechera*, la de *El filósofo y el rústico*, etc. De la misma clase son tambien las del Evangelio, como *la del Hijo pródigo*, *la de las Vírgenes fátuas*, etc. *Irracionales* se llaman aquellas en que hablan los animales, y aun los seres inanimados, como la de *El lobo y el cordero*, *La serpiente y la lima*, etc. Y finalmente, se llaman *mixtas* cuando alternan en el diálogo los hombres con los animales, y aun con los seres insensibles, como la de *El pescador y el pez*, *El labrador y la codorniz*, *El poeta y la rosa*, etc.

El fin de la fábula es dar una enseñanza saludable al través de la ficcion, y como por via de entretenimiento. Esta leccion la presenta el poeta breve, pero claramente, unas veces á la entrada de la fábula, y se llama *afabulacion*; otras al fin, y recibe el nombre de *postfabulacion*. En el primer caso la fábula ha de confirmar la máxima moral; en el segundo esta ha de nacer espontáneamente de las entrañas mismas del asunto. No es buena por lo tanto la fábula cuando la narracion alegórica no justifica plenamente la moralidad que quiere deducir el escritor.

La narracion debe ser *breve*, *clara*, *interesante*, *animada* y *verosímil*: la accion, *única* como en todo poema; el estilo, *natural*, *fácil* y *sencillo*. Los personajes han de señalarse por sus propios caracteres, retratándolos segun la idea que nos hayamos formado de sus hábitos é instintos, ó que tenga analogía con sus calidades exteriores. Así el lobo, por ejemplo, aparecerá cruel, la zorra dolosa y astuta, sencilla la paloma, tímida la liebre, valiente el leon, etc. Del propio modo, el topo podrá ser símbolo de un necio, el lince de un hombre perspicaz, etc.

La versificacion ha de ser fácil y fluida, y siempre acomodada al asunto, pudiéndose emplear todo género de metros al arbitrio del poeta.

Los modelos más recomendables en este género son: *Esopo* entre los griegos, y *Fedro*, su traductor é imitador, entre los latinos. Los franceses tienen su celebrado *Lafontaine*, y nosotros contamos al sencillo *Samaniego* y al crítico *D. Tomás de Iriarte*, que se propuso censurar los vicios introducidos en la literatura, por cuya razon llamó á las suyas *fábulas literarias*.

FIN DE LA RETÓRICA Y POÉTICA.

APÉNDICES.

I.

COMPENDIO DEL ARTE MÉTRICA CASTELLANA.

Versificacion no es más que la artificiosa distribucion de una obra en porciones simétricas de determinadas dimensiones. *Verso* se llama cada una de estas porciones sujetas á determinadas medidas. *Arte métrica* es una coleccion de reglas que tienen por objeto enseñar el modo de medir los versos.

Nuestras dicciones constan de sílabas largas y breves, como en las lenguas antiguas, y de consiguiente pueden formar piés métricos como ellas. Pondremos algunos ejemplos:

El *espondeo* consta de dos largas, como *ālbūr*.

El *pirriquio* de dos breves, como en las dos primeras de *fĕlĭ*cidad.

El *coreo* de larga y breve, como *ālmă*.

El *yambo* de breve y larga, como *ăzūl*.

El *dáctilo* de una larga y dos breves, como *cāndĭdō*.

El *anapesto* de dos breves y una larga, como *jŭbālī*, etc. y á este tenor nos seria fácil descubrir todos ó los más de los piés métricos latinos, ya en palabras sueltas, ya en su combinacion con otras. Pero ¿á qué podria conducir este trabajo? á nada: el que por este camino pretendiera llegar á conocer fundamentalmente nuestra versificacion, no lograria su objeto, ni menos hacer un verso en toda su vida.

Es preciso no perder de vista que nos es absolutamente desconocida la pronunciacion primitiva de las lenguas latina y griega, y que todas las explicaciones de los filósofos no bastarian á hacernos formar una idea de una cosa que solo puede aprenderse por el oido y mediante la viva voz, así como á un ciego de nacimiento no se le podria hacer formar una idea de los colores. Algunos ejemplos vendrán á confirmarlo:

Los romanos distinguian perfectamente en la sílaba el acento prosódico y la cantidad, mientras que nosotros hemos venido á unir y confundir ambas cosas. Así ellos formaban v. gr. un pié pirriquio compuesto de dos sílabas breves de